

Esta obra constituye pues un auténtico punto de partida para el estudio y el conocimiento de uno de los conventos granadinos al que los avatares históricos no le han sido indiferentes, mostrándose además como el primer y más completo estudio histórico-artístico de un convento granadino. A pesar de su amplio desarrollo, el campo de investigación del tema tratado no queda vetado, todo lo contrario, animamos desde aquí al autor a proseguir en sus investigaciones del, tan querido por él, *Real Convento de Nuestra Señora de Gracia*.

ANTONIO NARVÁEZ MORENTE

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada

LÁZARO GILA MEDINA; JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ y MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ. *Los conventos de la Merced y San Francisco, Casa Grande, de Granada. Aproximación histórico-artística*. Granada: Universidad, 2002. 230 pp. y 102 ils.

En el devenir de la historia, la cantera inagotable del patrimonio artístico y cultural de la Iglesia ha encontrado sus principales semilleros, tanto como en parroquias y catedrales, en las casas del clero regular. Protegidos casi siempre y frecuentemente fundados por la nobleza más rancia y hasta por la misma Corona, conventos y monasterios fueron durante siglos activos centros impulsores del saber y la actividad creativa, encerrando entre el sopor de sus muros ingenios y caudales a la altura de los mejores de su tiempo; todo, para una mayor gloria, que no siempre está claro sea de Dios. Un regalo envenenado. Fue aquella magnificencia que cultivaron la que los hizo especialmente vulnerables al paso del tiempo. En nuestro suelo, no hace falta ir más lejos, se ven dibujadas con bastante nitidez las líneas de la caída: primero será el francés, terror de coros y sacristías, que expoliará a calzón quitado pinturas y ornamentos, intentando siempre que pueda hincar los dientes en el inmueble; luego serán la supresión de las órdenes religiosas y las sucesivas desamortizaciones, que poco o nada sirvieron para aliviar la necesidad de las hambrientas arcas estatales y si dieron, en cambio, al traste con numerosos conjuntos artísticos de singular unidad e irrepetible valía; no cabe hacer reproches a estas alturas, cada época actúa en consecuencia con su realidad y las necesidades de las personas han de estar por encima siempre de las de las cosas, aunque luego los planes salgan torcidos; pero eso no quita que miremos con rabia y dolor tanto esplendor hundido. Después llegará la piqueta de los especuladores, ansiosa de nuevos solares, y no eran los menos succulentos los terrenos, a menudo vastos y en pleno centro urbano, ocupados por estas casas. Finalmente, la Guerra y la ruina harían también lo suyo. Con todo, es mucho lo que conservamos todavía. Grandes conjuntos, como Guadalupe, San Esteban de Salamanca o San Jerónimo de Granada, han llegado hasta nosotros manteniendo mucho de su riqueza; algunos como Ouseira y Sobrado se restauran felizmente, volviendo incluso a acoger comunidades religiosas; otros, como Carboeiro o Moreruela subsisten, al menos, como venerables ruinas; de otros muchos, y en la propia Granada no serían pocos los ejemplos, caso de aquel monumental conjunto de los mercedarios de Belén y tantos más, no nos queda si no el recuerdo, y aún éste, no siempre claro.

El libro que es motivo de estas líneas, analiza precisamente un punto más de este capítulo sombrío de la historia del arte, indagando en la historia y entidad artística de dos conventos granadinos que hubieron de contarse en su tiempo entre los mejores de Andalucía. Bien conocen el paño los autores, avalados por una larga lista de publicaciones constantemente recurrentes para quienes trabajamos, o lo intentamos siquiera, en este ancho campo del arte moderno. Queridos amigos y admirados

compañeros del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada, los profesores Lázaro Gila y Juan Jesús López-Guadalupe son investigadores que han contribuido de un modo especial al conocimiento del arte granadino y de su foco de influencia; el primero, de larguísima experiencia en labor de archivos, destaca, sobre todo, por su monografía sobre los Raxis, artistas de ese momento crucial que fue la crisis del Renacimiento, que no hemos valorado aún con justicia por el lastre de viejas tradiciones historiográficas; del segundo hemos de recordar sus numerosos estudios, los más nuevos y esclarecedores, sobre la morfología del retablo barroco en Granada, así como su magnífica tesis doctoral, recientemente publicada, sobre un apartado tan descuidado como el de los frontales de altar. El profesor Miguel Luis López-Guadalupe, del Departamento de Historia Moderna de la misma Universidad, es, por su parte, un profundo conocedor del hecho religioso en la Edad Moderna, dotado de especial sensibilidad para la indagación de sus manifestaciones más populares, casi siempre profundamente ligadas a los conventos y las comunidades que les dieron vida; ha estudiado ampliamente el fenómeno de las cofradías y, junto a su hermano Juan Jesús, nos ha ofrecido jugosos estudios sobre la Semana Santa en nuestra ciudad.

Comienza el libro su andadura en la Granada de los Reyes Católicos, perla codiciada tantos años por la Corona, que significaba el triunfo último de la Fe en la Península y la implantación de la unidad religiosa, como base de otra territorial todavía por llegar. La ciudad recién conquistada estaba entonces por cristianar y no descuidaron el empeño monarquía, nobleza y órdenes religiosas, abriéndose por doquier parroquias y conventos y hasta una gran catedral, que luciría por mejor gala el panteón de los soberanos. Será en esos años de religiosa efervescencia cuando nazcan las dos fundaciones de que trata el estudio que comentamos.

Aborda primero el caso del convento mercedario, vasta casona que todavía hoy nos sobrecoge desde su silencio. Encomendada la fundación ya en 1492 por los propios Fernando e Isabel, la historia de la casa en el solar que aún ocupa no comenzará hasta 1514, en que se haga la Orden con esos amplios terrenos vecinos al arco de Elvira. Las obras avanzarán con lentitud, pero lo que se perdía en tiempo se ganaba en empaque. Brilló así el monasterio por su espaciosa iglesia, cuyo volumen exterior, perfectamente visible hoy, permite adivinar sin dificultad su magnífica presencia de otro tiempo, guarnecida con excelentes armaduras mudéjares, conservadas en el desdichado edificio de los Nuevos Museos; destacó además su graciosa portada, perdida a fines del siglo pasado mientras se le buscaba una digna ubicación; su airoso claustro, de exquisitas proporciones y fina labor de cantería; y su monumental escalera, maravilla rara y desconocida que alucina por la gracia de sus medidas y la valentía de esa cúpula elíptica, bellamente estucada con complejo programa iconográfico. Su vida discurriría como arroyo por llanuras hasta que las tropas francesas lo ocuparan como cuartel durante la guerra, sucediéndolas otras españolas después de su partida; desamortizado en 1835, pasará en el 44 a manos de la Capitanía General, que no tardó en acometer las reformas necesarias que lo adaptaran a su nuevo uso, llegándose en fechas más recientes, a dividir en altura el noble espacio del templo.

Semejantes destinos condujeron la historia de la Casa Grande de los franciscanos, cabeza de la provincia granadina desde 1583. Traída la orden con la reconquista, de mano de los Reyes, se fragua el convento a partir de 1509, en la calle San Matías, ocupando terrenos que fueron los de la primera catedral granadina y casas de su primer arzobispo, el jerónimo Talavera. No se olvidará de él la reina doña Juana, llegando a ser, con su aportación y la de otros generosos patronatos uno de los más excelentes de Andalucía. Hermoso es aún su claustro, lo poco que conserva, junto a la maltrecha escalera, de su antigua fisonomía. Se ha perdido su iglesia, demolida por los franceses, curioso templo gótico en cuya cabecera deslumbraba un enorme retablo que, con el de San Jerónimo y el de Santa Isabel la Real, había de ser documento insustituible para comprender el ocaso manierista

y pleno triunfo de la verdad barroca: magno conjunto que aquí queda perfectamente reconstruido. Maltratado por la francesada y desamortizado después, su patrimonio mueble fue enviado al primitivo museo de Santa Cruz la Real, donde sufrió desgraciados daños y expolios. Finalmente se destinaría a funciones militares, siendo hoy sede del MADOC, lo que modificó sus dependencias de un modo mucho más dramático que en el caso anterior.

En el análisis de ambos conventos se desmenuzará sus procesos constructivos y el enriquecimiento de sus ajuares, con el apoyo de abundante documentación inédita. Asimismo, se reconstruyen los programas iconográficos que poseyeron y se da norte de las vicisitudes de su patrimonio, sobre todo escultórico y pictórico.

Hecha la aproximación a la historia y el patrimonio de los dos conventos granadinos, nos embarca el libro en el descubrimiento de la proyección social que tuvieron tanto uno como otro, mediante el estudio de las cofradías que encontraron en ellos su sede y las principales fiestas auspiciadas por ellas. La imbricación conventual en la vida granadina fue bastante profunda en ambos casos, aunque como cabe suponer mucho más en el del convento franciscano, conocida como es la enorme popularidad de la orden desde el momento mismo de su fundación y por contar además con el apoyo de una hermandad singular y con gran número de seguidores: el Venerable Orden Tercero.

Completan el estudio un ajustado apéndice documental y un buen número de ilustraciones, de notable calidad, por más que las condiciones de reproducción, aunque bastante dignas, no sean las más deseables. Imágenes de obras que no por cercanas son más conocidas y que habrán sorprendido a muchos como yo. A ello se une una escogida bibliografía y la referencia a numerosas fuentes documentales, ambas citadas con gran precisión, lo que convierte también a este apartado en un importante instrumento de estudio.

Son muchos los méritos de este libro, empezando por el detenido trabajo de investigación que en cada página de adivina y que ha llevado a la consecución de logros tan llamativos como la localización de diversos bienes muebles desterrados de aquellas sus casas primitivas y enviados a desfilar por otras parroquias, conventos o edificios oficiales, o la planimetría reconstructiva de ambos conjuntos conventuales. En este sentido, se ofrece un riguroso y sistemático modelo metodológico en el análisis de ambos conventos, notable aportación a la historiografía artística granadina, que comprende tanto aspectos patrimoniales en su devenir histórico, como la proyección social a través de asociaciones devocionales y sus fiestas. Con todo, no hay aportación más clara, a fe mía, que la de ponernos ante los ojos el ingente patrimonio artístico y cultural encerrado en la angostura de unos muros maltratados, que mil veces hemos dejado atrás sin preguntarnos nunca por su historia. Es por ello que valoro especialmente, y suscribo en su totalidad, las valientes iniciativas que se proponen en el apartado de las conclusiones respecto a cuál debiera ser la futura conservación, mantenimiento y uso de dos piezas clave del patrimonio histórico de la ciudad. El tiempo no ha sido amable con estas fundaciones, pero, mejor o peor, conservamos buena parte de ellas y su rehabilitación para la ciudad no es algo imposible ni descabellado. De todos depende que propuestas tan felices no caigan en saco roto.

FRANCISCO MANUEL VALIÑAS LÓPEZ  
Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada